

Influencia de la mitología en el pensamiento del bushi



Pedro Martín González

Los *bushi* gobernaron Japón durante setecientos años. Podría decirse que el poder de la clase guerrera fue creciendo de manera continua a partir de su aparición, en el período Heian, consolidándose definitivamente con el establecimiento del primer *shogunato*, que inauguraría el período Kamakura -1192/1333. Su total hegemonía finalizaría con el triunfo de la Revolución Meiji de 1868.

Para entender cómo fue posible la permanencia en el poder de esta clase dirigente durante tan prolongado espacio de tiempo, tenemos que comprender el pensamiento del pueblo japonés y, consecuentemente, acercarnos a los fundamentos de la mentalidad del *bushi*.

Desde tiempos históricos, la mitología ha estado ligada al ser japonés. Los anales del *Kojiki* y *Nihon Shoki*, escritos en el siglo VIII, describen la creación del mundo a manos de los *kami* Izanagi e Izanami, la fundación de Japón y el nacimiento del primer emperador, Jimmu. Como quiera que las leyendas narradas en estos dos libros hacen mención a elementos propios de los guerreros –lanzas, espadas, arcos- tanto los *bushi* como las viejas escuelas de Artes Marciales situaron sus orígenes en estas crónicas ancestrales. Así, lo afirmaba, aunque criticando semejante idea, uno de los intelectuales confucianos que vivieron durante el período Edo, Izawa Banryo (1668/1731), en su obra titulada *Bushi kun (Lecciones del guerrero)*, escrita en 1715. Para éste y otros autores coetáneos afines a la ideología de Confucio –Tominaga Nakamoto, Nakai Chikuzan, Aizawa Seishisai- la preponderancia debía ser la de la ley, la literatura o la filosofía (*bun*), frente a la barbarie que significaba el ejercicio de la guerra (*bu*), que encarnaba el *bushi*. Estos conceptos, no obstante, fueron alternando su relevancia, según el momento histórico que se presentaba. En efecto, en periodos de guerra, el concepto *bu* resultaba prevalente, mientras que *bun* lo era en tiempos de paz.

Como gobernante, el *bushi* representaba no solo el poder político, administrativo y militar, también un prototipo de hombre ideal, capaz de encarnar en sí mismo la acción y la reflexión, la guerra y la cultura. Para llegar a alcanzar tal consideración, le fue conveniente establecer sus orígenes en un pasado ancestral, tan antiguo como la misma mitología. Esta coyuntura habría de reforzar su condición de liderazgo, siendo indispensable en algunos periodos históricos, como sucediera en Edo/Tokugawa (1603/1868).

Sabemos de las referencias a los orígenes mitológicos de las primeras escuelas de *bujutsu –koryū-*, la transmisión divina que reclaman algunas tradiciones medievales, la inspiración que otras defienden procedentes de apariciones mágicas de *yamabushi*, espíritus o espectros, de la veneración que despiertan algunas espadas consideradas celestiales en santuarios tan relevantes como Kashima, Izumo o Ise, y de la importancia que los tres tesoros –la joya, el espejo y la espada- tuvieron a lo largo de la historia, para dar credibilidad al ejercicio del poder, como sucediera en las guerras de Genpei, protagonizadas por los clanes Genji y Heike (Minamoto y Taira).

Atendiendo a la mitología: ¿Cuáles fueron los fundamentos del pensamiento *bushi*, sus referencias para defender un pasado ancestral, la base de su credibilidad?

El profesor Sakai Toshinobu, historiador de *budô* e investigador de la universidad japonesa de Tsukuba, destaca, de entre los muchos episodios narrados en el *Kojiki* y *Nihon Shoki* que resultan de interés para establecer puentes entre la mentalidad *bushi* y la mitología y que tienen las armas como protagonistas, los siguientes:

- Creación del mundo con *Ame no Nuboko*
- Nacimiento de *Takemikazuchi*
- Descenso de *Takemikazuchi*
- Aparición de *Kusanagi no tsurugi*

Dice el *Kojiki* que, desde la planicie de *Takagamahara*, donde residen los dioses, bajaron Izanagi e Izanami a crear la Tierra acompañados de una lanza: *Ame no Nuboko*. Asentados en el puente celestial, *Ame no ukihashi*, atravesaron el agua del océano con la lanza, haciendo saltar gotas que formaron las primeras islas. Lo interesante de este mito es la utilización de la lanza, *Ame no Nuboko*, cuando es la espada el arma por excelencia, el símbolo que ha representado históricamente la esencia del guerrero japonés. Para Sakai Toshinobu, el descenso desde el *Takagamahara* y el uso de la lanza, en lugar de la espada, tiene distintas interpretaciones. La primera es la verticalidad en la que se dibujan *Takagamahara* (cielo), *Ashihara no nakatsu kuni* (morada de los hombres) y *Yomi no kuni* (inframundo). Esta distinción de espacios abandona la horizontalidad de la mitología antigua, distanciando a los dioses de los hombres. Tal estructura es semejante a la radical verticalidad social del *shogunato*. A esta circunstancia se debe, también, el uso de la lanza.

Izanagi e Izanami crearon muchos otros *kamis*. El nacimiento del *kami* de la guerra, *Takemikazuchi*, es consecuencia de la creación del *kami* del fuego, *Kagutsuchi*, responsable de la muerte de Izanami. Utilizando una espada de doble filo, *tsurugi*, Izanagi mató al *kami* del fuego. La sangre que salpicó la hoja de su sable dio vida a otros *kami*, que se relacionan con elementos fundamentales para la forja de espadas: agua, piedra, metal.

El nacimiento de *Takemikazuchi* será fundamental para el futuro del *bushi*, que venerará esta divinidad en el gran santuario de Kashima -*Kashima no kami*- y en todos los pequeños recintos sagrados que dependen de él. Este mito establece una conexión directa entre la espada y las divinidades. Haciendo de la espada su estandarte y representando ésta su propia alma, el guerrero conecta su historia, propósitos y anhelos con el mundo mitológico de los dioses.

Un mito relevante protagonizado por el *kami* de la guerra, *Takemikazuchi*, es el que narra su descenso a la Tierra ordenado por Amaterasu. *Takemikazuchi* baja del *Takamagahara* para poner orden en una Tierra gobernada por Okuninushi, deidad de la región de Izumo. El dios de la guerra se presenta

con su espada, que hunde en la arena con la punta hacia arriba para después sentarse sobre ella. Ante tal demostración de mágica, Okuninushi propone un duelo entre su hijo, Takeminakata, y el *kami*. Finalmente se produce el combate, que se resuelve de manera instantánea a favor de Takemikazuchi.

El desarrollo del encuentro es muy significativo. El brazo del *kami* se convierte en una espada, haciéndose uno con ella. Esta particularidad que resulta de la fusión del *kami* con la espada no deja de ser un paralelismo con la relación que el *bushi* mantiene con su propio acero, del cual nunca se separa, junto al cual gobierna, hace la guerra y muere. Es destacable decir, también, que este combate de titanes es, para el *Sumo*, el punto de partida de su Arte Marcial.

El cuarto mito es el de la aparición de la espada *Kusanagi no tsurugi* que, junto a la espada *Futsu no mitana no tsurugi*, con la que el emperador Jimmu venció en la batalla contra sus adversarios del Este, se reverencia como sagrada en Japón. El mito nos cuenta que Susano-o decapitó a la serpiente *Yamata no orochi*, descubriendo en su interior una gran espada a la que llamó *Murakomo no tsurugi (Kusanagi no tsurugi)* que, posteriormente, presentaría a su hermana, Amaterasu, la diosa del Sol. La espada la custodió la princesa Yamatohine no mikoto, divinidad fundadora del gran santuario de Ise, tía del héroe Yamato Takeru. Con motivo de una cacería, Yamatohine no mikoto entregó la espada a su sobrino que, siendo traicionado por un señor feudal, hizo uso de ella para aplacar el fuego amenazante en el que se vio envuelto, cortando la hierba en derredor y provocando que el viento se dirigiera hacia las llamas para apagarlas, pues la espada también poseía la facultad de controlar su dirección. El profesor Sakai destaca que el episodio subraya un aspecto que el *bushi* considera objeto de su propio destino: el establecimiento del orden surgido tras el triunfo en la batalla y la erradicación del miedo, la instauración de un nuevo tiempo que no haría sino impulsar el progreso y la civilización.

El chamanismo se había utilizado en Japón desde tiempo inmemorial para pedir protección ante los fenómenos naturales, abundancia en las cosechas o agua durante los períodos de sequía. El propio Watsuji Tetsuro, uno de los filósofos más destacados y reconocidos de Japón, profesor de la Universidad Imperial de Tokyo, afirmaba que el mismísimo emperador fue el primer nigromante, y que ejercía la magia utilizando las insignias imperiales –*Sanshu no Jingi*: espejo –*yata no kagami*–, espada –*kusanagi no tsurugi*–, joya –*yasakani no magatama*–.

Es destacable el hecho de que la espada sagrada –*kusanagi*– es de tipo *tsurugi*, es decir, de doble filo. Tradicionalmente, estas espadas se utilizaban para ceremonias, ofrendas o actos simbólicos. La aparición de la *katana -nihonto-* fue posterior y su destino fue, también, diferente. Dada la importancia de este símbolo, los *bushi* hicieron suya no solo la espada como objeto físico, también su imagen, como concepto mental y espiritual, de tal forma que muchas espadas se veneraron como deidades. Como hemos mencionado anteriormente, una de las más veneradas se encuentra en el santuario Kashima, en la Prefectura de Ibaraki, dedicado a *Takemikazuchi*, una de las

entidades protectoras de los artistas marciales. La espada de hoja recta mide dos metros setenta centímetros. Es la más grande del país y una de las más antiguas. Su nombre es *Futsu no mitana*, se fabricó hace 1300 años y en 1955 fue declarada Tesoro Nacional.

La legitimidad de los *bushi* también dependía de la posesión de los tres tesoros. Durante la guerra de Genpei, la lucha por obtenerlos resultó afanosa. El clan Taira, protegido del emperador, reclamaba su posición y acometía la guerra contra los Minamoto con decisión. Para obtener este respaldo resultaba determinante que el emperador mostrara públicamente las insignias. Los Minamoto, en desventaja por no contar con el favor del regente, harían lo imposible por obtener el preciado tesoro, algo que finalmente conseguirían ganando la contienda contra su eterno adversario.

Entendemos que a partir de aquél momento quedaba consolidada la relación del *bushi* con los tesoros imperiales.

Los tres tesoros se encuentran custodiados en los santuarios de los tres palacios de Tokyo, el gran santuario de Ise y el templo Atsuta de la ciudad de Nagoya.